

La concepción de la Historia en Altamira *

Historiografía y ciencia

De los escritores comprendidos, de alguna manera, en el grupo del 98, seguramente Rafael Altamira fue aquel que por vías más directas, con una relación más inmediata y frecuente y con más amplitud, asimiló la concepción de la Historia que Giner de los Ríos —y en torno a él, otros krausistas— desarrollaron para encontrar apoyo y buscar coherencia en sus tesis sobre la situación problemática del presente español que contemplaban. Dentro de este ámbito, Altamira lleva a cabo, indudablemente, una doble tarea: de ampliación de lo que es el campo de la labor historiográfica y de la concepción de la Historia como conocimiento. En ambos aspectos, intuye novedades que no dejan de reflejarse en su obra, si bien en términos muy limitados; pero que no dejan de estar en sus páginas. Y en este aspecto, creo que hay que reconocer que va más allá de su base gineriana. Ésta, sin embargo, permanece siempre en él y de ahí proceden su novedad y su limitación. Desde el punto de vista historiográfico, Altamira lleva la ventaja de trabajar en el campo de una disciplina más positiva que le permite ver los problemas con mayor precisión y plantearse las cuestiones de una posible nueva historiografía.

En primer lugar, se observa en su obra una ampliación del panorama de temas teóricos en relación con lo que se entiende por conocimiento histórico. En los siglos XVII y XVIII hay aportaciones a esta materia que ofrecen cierto interés. Respecto de ello, y con referencia a una y otra centuria, he hablado en otras ocasiones. En el XIX, hasta 1870 aproximadamente, no encuentro nada que tenga verdadero interés. Desde esa última fecha, con Fernando de Castro y Giner de los Ríos, y a continuación con Julián Ribera, Gumersindo de Azcárate y nuestro Rafael Altamira que, por lo menos en relación al ámbito hispánico, tiene su relevancia. Y así es como una parte considerable del repertorio de temas del pensamiento historiográfico europeo tienen su reflejo en las páginas de Altamira, como en la exposición que sigue comprobaremos.

* En el momento de su muerte, José Antonio Maravall terminaba la corrección de las notas del presente trabajo, cuyo texto estaba definitivamente redactado. María del Carmen Iglesias ha completado la redacción de las citas. (Redacción).

¹ *Altamira, que vive en una época de agitación obrera y de correlativa réplica patronal y gubernativa, no podía dejar de atender a los problemas de la cuestión social y sobre ello publica varios trabajos que reúne en el volumen Cuestiones obreras (Valencia, 1914). En él está comprendida una conferencia en Oviedo sobre «La educación del obrero» (comprobamos una vez más su fidelidad al aspecto pedagógico). Se manifiesta contra quienes consideran más conveniente reducir esa educación a una instrucción en la práctica del oficio, al mayor dominio técnico de su trabajo. Aun para el obrero es necesario llegar a la teoría, ineludible condición para el buen ejercicio de la profesión, ya que ensancha los horizontes de ésta, hace consciente lo que puede beneficiarla y favorece la renovación y los inventos que la impulsan hacia el progreso. Pero no basta con esto. Hace falta llevar a él la cultura general, porque tiene derecho a ella y a sus goces en tanto que hombre; además favorece un mejor trabajo e incita a administrarse mejor, a la vez que impulsa el buen cumplimiento de las obligaciones ciudadanas. Altamira, que tan pocas veces se aproxima a la economía, no cita a escritores socialistas y lo que sobre ella han escrito; cita en cambio a Ahrens. A los obreros, añade en otro trabajo del volumen, les importan mucho las reivindicaciones económicas —esto es todo en sus escritos—, pero tanto o más la libertad*

En segundo lugar, no hubiera sido posible lo que acabamos de decir sin que paralelamente no se hubiera dado una gran amplitud de fuentes bibliográficas, en la que entran libros, revistas, comunicaciones en Congresos, etc., preferentemente franceses, en gran parte alemanes e italianos, sin que falten ingleses. Esto se completa con algo muy importante: la lectura de psicólogos, sobre todo en la línea de lo que por el tiempo en que él escribe se llamó psicología colectiva. Prácticamente es irrelevante la presencia de sociólogos, lo cual fue una pena, porque hubiera complicado intelectualmente y, a la par, le hubiera aclarado los planteamientos teórico-historiográficos. Hay ocasión en que se encuentra con algún francés, como G. Lacombe en el que el propio Altamira lee unas líneas en las que se enuncia la estrecha relación entre historia y sociología. En principio, hallamos toda la bibliografía que podemos contar como «establecida». Pero hay unas ausencias que llaman la atención y que nos ponen de manifiesto el estado de la cuestión entre los especialistas españoles.

Unas de esas ausencias es la del historicismo alemán, desde Dilthey a Meinecke, por ejemplo, de los cuales, si el segundo le pudo coger ya en edad avanzada, el primero no. Citemos también la de la escuela norteamericana de historia de las ideas, porque si bien la fundación del *Journal of the History of Ideas* (que le está dedicado) no va más atrás de los años veinte, todavía las primeras manifestaciones cogen a nuestro autor en plena actividad. Altamira estuvo recogiendo y renovando la bibliografía comentada en sus libros hasta 1934, por lo menos. Finalmente, y esto es lo curioso del caso, falta la presencia —y aun más había que esperar, la influencia— de la escuela social de la historiografía francesa que empieza en 1903, con un famoso artículo de François Simiand y poco después la aparición de los primeros escritos de Lucien Febvre, si bien hay que dejar a salvo el conocimiento de Henry Berr, cuya *Revue de synthèse historique* cita en algunas ocasiones. Observemos que la corriente del marxismo tiene aparentemente escasa relevancia en su obra, aunque como veremos luego, cita a Marx y a algunos marxistas, y aunque no podamos encontrarnos directamente con alguna respuesta a estos —dejando aparte el polémico tratamiento de la doctrina del materialismo histórico—, sin embargo, hay ciertas partes del pensamiento de Altamira de las que queda uno convencido de que se descubren en él y en la forma en que se desenvuelven bajo el recuerdo de lecturas marxistas. En conjunto, en Altamira, a pesar de la amplitud que quiere dar al concepto de civilización, hay escasa receptividad para los temas económicos. Nos preguntamos ¿qué quiere decir en él el término «interés»? Desde luego que comprende un matiz económico; pero predominan con mucho el de los intereses que globalmente podemos llamar espirituales. Si nos fijamos en su posición entre Joaquín Costa y Giner de los Ríos, comprobaremos que, con gran admiración y un amistoso agradecimiento hacia el primero, su inclinación —también sobre esto volveremos luego— va hacia la línea gineriana¹.

Altamira observa —y tiene muy claro significado esta constatación— que en la Historia, tal como modernamente se comienza a cultivar, hay que señalar tres aspectos nuevos: en primer lugar, la formación de un método histórico científico, unido al desenvolvimiento crítico-teórico de las llamadas «ciencias auxiliares»; en segundo lugar, la alteración del campo de la Historia en general, con lo que podemos llamar «historificación» de nuevas zonas de la realidad; en tercer lugar, la ampliación del contenido de la historia

humana, sacándola de la limitación que en el cultivo de la misma se mantenían historiadores del tiempo precedente, dedicados a tratar exclusivamente de la historia política externa².

En la misma obra que he recordado en el párrafo precedente, se plantea —y es uno de los primeros y más rigurosos en hacerlo— la problemática cuestión de «la ciencia de la Historia». En estas páginas, Altamira se mantiene con franco rigor en el plano de la Teoría de la Ciencia y de la Lógica. Distingue tres posiciones entre quienes se enfrentan con esta cuestión: los que niegan a la Historia todo carácter de ciencia y se aferran a considerarla como un arte, aunque le atribuyan unas condiciones muy específicas a ese arte de la mera narración histórica; los que colocados ante la dificultad del tema, ensayan una nueva y particular concepción del principio de que todo conocimiento científico se apoya en una operación lógica de generalización, lo que, según ellos, hace posible hablar de leyes históricas, con lo que suponen que hay que atribuir un carácter de ciencia, en ciertos aspectos, al conocimiento histórico; los que llanamente y sin establecer diferencias afirman, de la más resuelta manera, el valor científico de la Historia. Descartando la primera posición (que fue en su día la de Menéndez Pelayo, a quien no cita, y acabaría siendo la de Julián Ribera, al que menciona en algún pasaje), Altamira sostiene que todo consiste en la manera de entender y en el alcance que, consiguientemente, se da a los conceptos básicos de abstracción, de generalización, de establecimiento de leyes, de sistema, que se manejan en el terreno de la teoría de la ciencia. Esto quiere decir, en fin de cuentas, que Altamira acepta la posibilidad de que haya una diferencia en esos conceptos lógicos fundamentales según se aplique a una disciplina o a otra —lo cual vendría a ser perfectamente actual—. Es cierto que de ordinario le vemos atenerse a la concepción del esquema clásico de la ciencia y que aún así estima que pueden ser acoplados a la Historia esos términos categoriales que aquélla maneja. Pero es que por debajo de ello, Altamira percibe algo nuevo que no acaba de desarrollar —y ya es bastante haberlo sospechado—. Algún párrafo suyo parece orientarse en el sentido tan novedoso de unas lógicas polivalentes. Siguiendo con la lectura de estas páginas, descubrimos una cita de un trabajo del profesor Boutaric, titulado *Aspectos de la física cuántica*, en el cual el autor señala el carácter hipotético que asume la creencia en que todos los fenómenos naturales están sujetos a leyes³. Más adelante, sin embargo, nos encontramos con esta observación: hay que rechazar los argumentos utilizados todavía hoy para negar el carácter científico de la Historia, y esto «ya porque el concepto general de ciencia permite hoy plantear el problema en sentido distinto del aristotélico; ya porque no es tan seguro como generalmente se cree que la Historia sea pura observación de hechos individuales, que se traduce en una narración sin generalización alguna (más o menos abstracta) en la cual cada hecho conserva su característica diferencial y sólo a título de ésta es mencionado»⁴. Hay aquí como un atisbo del profundo cambio que iba a operarse en el terreno del pensamiento por el desarrollo de la teoría de los «quanta». Pero era de esperar que Altamira no llevara adelante, aunque de alguna manera matizó en ciertos momentos su pensamiento, dándole una novedad que por entonces no era fácil descubrir en historiadores y sí tan sólo en los más audaces físicos.

Altamira se detiene al llegar al nivel que queda señalado y vuelve a manejar conceptos de sentido más clásico, aunque al dilucidar éstos en el terreno de la Historia —cosa bien

(de asociación, de pensamiento, de conciencia, de enseñanza, personal, etcétera). Son los que más luchan y más sacrificios sufren por ellas, como sabe todo luchador de verdad para la libertad que lucha contra el absolutismo, el clericalismo, el autoritarismo, la arbitrariedad (y el autor alicantino y profesor internacional inserta una acusación contra la burguesía —cosa tan excepcional en él— achacándole su «individualismo anárquico» «La superación del sistema»)(Véase ob. cit., p. 186 y ss. y 192 y ss.)

² Véase su obra *Cuestiones modernas de historia*, Madrid, 1904, revisada en 1934, p. 2.

³ Ob. cit., p. 137 —figura la referencia con nota al pie, sin dar ni lugar ni fecha de publicación, ni la página del texto que reproduce.

⁴ Ob. cit., pp. 147-148.